

2009

El comedor; La queja; Epístola (De Tí tiro a sí mismo); La necesidad; La sequía; El consuelo; Cortejo; Los trigales; Escena familiar III

Rafael Rubio Barrientos

Citas recomendadas

Barrientos, Rafael Rubio (Primavera-Otoño 2009) "El comedor; La queja; Epístola (De Tí tiro a sí mismo); La necesidad; La sequía; El consuelo; Cortejo; Los trigales; Escena familiar III," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 69, Article 28.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss69/28>

RAFAEL RUBIO BARRIENTOS

EL COMEDOR

A la mesa se sientan los cuchillos
en orden riguroso, con modales
hoscos de padres desaparecidos.
La familia de moscas, bullidora,
ejerce el comedor, como un oficio
inútil, pero digno de su altura.
¡Las sillas son delgadas como hermanas
pero la mesa es ancha, como un padre
y hondos, los platos, como las abuelas!
Los tenedores tienden sus agudos
dientes y muerden como el perro al hueso
o como al pan que mira, desde el plato
con ojos de cordero degollado.
Las cucharas son cóncavas, igual
que tías huera y el metal nos suena
como risa de primos, codiciosos
que entrechocaran mutuo ocultamiento.
¡Ah las lechugas verdes (niñas ágiles
de liviandades) son como sobrinas
de intenciones golosas y abren alas!
Y los cuchillos brillan como Dios
sobre la mesa, cuando cae sombra
y a paso tardo, el comedor avanza
como abuela hacia nieto ¡y no lo alcanza!

LA QUEJA

¡Mal cosa, Señor, mala cosecha!

Los bueyes aran, pero no relinchan.
 Cantan los gallos, pero no rebuznan.
 Las vacas mugen, sí, pero no graznan.
 El sol alumbra, pero no da trigo.
 Da la fuente su agua, pero el agua
 no cría los corderos.
 El perro ladra, sí, pero no mucho.
 ¡Da la abeja la miel, pero la miel
 no alcanza para el potro!
 Si llamo al lobo, el lobo viene pronto
 El cardo se me allega si lo llamo.
 Pero si llamo al buey, el buey no acude
 ni apresura a la tierra su pezuña
 y la hierba no asoma, aunque le grazne.
 ¡Zumba el moscón, pero no alumbra mucho!
 La oveja trisca, no se zarandea.
 Pica el zancudo, pero no hace llaga
 Sufre el hambriento, pero no se muere
 Pero si dios no truena, el rayo muge
 si el cielo no relincha, grazna el trueno.
 Si no rebuzna el gallo, alumbra el ciervo
 La muerte es loba, pero apenas muerde.
 La vida es dura, pero dura poco.
 ¡Y el cielo muge, el trueno grazna! ¡el aire!

Mala madre es la tierra, pero es madre.

EPÍSTOLA (De Títiro a sí mismo)

Has de saber que la miseria, Títiro
 es don del cielo. (Hubiste de obtenerla
 a punta de plegarias). Deberías
 dar las gracias, por último, o guardar
 un silencio religioso.
 (Mas, cedes a la lengua como a un látigo
 para fustigamiento de los pródigos

y poderosos, miembros de la corte
 que juicio tuyo hubieron de engañarnos)
 ¡Ah Títiro, cuidado que la lengua
 alfombra los pasillos del infierno!
 No arderán los graneros del imperio
 ni las abejas abrirán, gozosas
 la colmena, tan pródiga en zumbidos
 mas no de miel, como bien zumbas, Títiro
 en uno de tu últimos panfletos.
 En la casa del padre, el fariseo
 se solaza en el arte del espíritu
 y del descaro, pero de su parte
 estará la palabra y el cuerpo.

Ya no quedan almas como la tuya
 y la tierra se ha llenado de sombras.

La miseria es el pan de cada día
 y hay tantos muertos en la tierra, Títiro
 que haría faltan tres o cuatro dioses
 para resucitarlos a todos.

Mas déjame decirte, que tu queja
 será escuchada – apenas – por los sordos
 y por los pocos blasfemos, que aún
 no han sido pasto de las llamas, Títiro.
 Al mercado del alma, los hambrientos
 no entrarán ni con santos en la corte
 ni con el doble filo de la lengua
 en alto, habrán de entrar en parte alguna:
 al hombre que nació para martillo
 le caerán los clavos desde el cielo.

Sin embargo, pastor, sigues quejándote
 en una lengua muerta, con ofensas
 agudas, que podrían ser letales

si no estuvieran hechas del espíritu.

Mas, tus estrofas sáficas, escritas
 en horas de penumbra, son leídas
 cual meros documentos de una época
 difícil, pero digna de memoria.

En fin, en estos tiempos el espíritu
 es una enfermedad del cuerpo, Títiro,
 y no un relincho de la luz ni el aire.
(vuélvete, palomo)

Y escúchame, que en años de codicia,
 No es bueno desear tanto la luz, porque ese vicio
 puede llegar a oscurecer tus días.
 Que así como dijeron los profetas
 hay tantos muertos en la tierra, Títiro
 que habría que enterrarlos en el cielo

LA NECESIDAD

No hay nada más blasfemo que la sed.
 Ni la lengua del fuego, ni el caballo
 viudo de luz. ¿La yegua roja? ¿El rayo?
 ¿Es más de Dios el hambre que la sed?

¡Mirad la yegua roja en llamas! Ved
 la luz en que se quemaría el gallo:
 ¡Ni el potro truena tanto, ni el caballo
 relincha tanto cuando tiene sed!

La yegua es sed, vasija el potro, cuando
 el padre no aguijó ninguna fuente.
 ¿De dónde bebe el potro, atrabacando

si ya la fuente es sed y la vertiente
 le niega cierva al ciervo, ojo al enjambre?
 ¡Si Dios es potro, yegua será el hambre!

LA SEQUÍA

I

¡Si no silba el zorzal, zumba la sangre!
 Porque aunque el potro sacie, de repente
 su sed de yegua allá por el poniente
 aquí la sed no te la arranca nadie.

¡Viudo del agua, el cántaro retuerce
 su greda negra hasta el rebuznamiento!
 ¡Y la greda no grazna, aunque la esfuerce!

¿De tanta sed la luz romperá cielo?
 ¿El trueno se hará potro, por el hambre?
 Señor, si no te vuelves aguacero

renacedor, a cielo, desde el aire
 ¡Dale muerte al caballo, si eres bueno!
 ¡Dale la noche al gallo, si eres padre!

II

¡Señor, cómo nos zumba la miseria!

Hay luz, pero no alcanza para el año.
 Apenas queda gallo en el granero
 y no hay gallina para el pobre gallo.

¿Sólo para los muertos es la tierra?

¿A puro relinchar vino el caballo?
 ¡Allá, el panal es cielo! ¡Acá, es la cueva
 donde el hambre y la sed se zarandean!

De rabia el potro es luz; relincho, el rayo

Dale muerte a la yegua, si eres fiero.
 Dale la muerte al tigre, si eres gallo.
 ¡Y que después del rayo, zumbé el trueno!

EL CONSUELO

No para mí la miel de las abejas
 ni el sol de las colmenas (mas los zánganos
 habrán de gozar todas los racimos
 de la corte
 dispuestos para mostos prolongados
 a la hora feliz de la codicia).
 Ni zumba el sol, ni alumbra el ala riente
 ni tampoco
 el gozo del estambre ni las lumbres
 me harán ala la sangre cuando zumbe
 codiciosa la abeja sobre el cáliz
 provechoso
 (mas los zánganos gozan, las golosas
 moscas rondan racimos regocijos)
 ¡Por mí madurarán los frutos vastos
 de la envidia!

CORTEJO

¡La luz aguda azuzará las yeguas
 que sostienen el cielo con las ancas!
 ¡Se ayuntará a su potro la potranca
 allá en el aire y no le dará tregua!
 ¡A rienda suelta, esbelta hacia otras leguas
 la yegua, vuelta luz, se nos arranca
 por donde el sol -caballo del estero-
 con rayos le abre paso hacia el potrero.

LOS TRIGALES

I

Sonriente dentadura del sol, sol riente
 la espiga de la risa, discurriendo va la fuente.
 Luz sonando, cascabeles
 voz de abeja, lluvia, mieles.
 La amarilla carcajada de las yeguas herbazales
 algazara, multitudes, zarabanda, los trigales.

II

Sonriente dentadura del sol, sol riente.
 La espiga de la risa, mar riente de abejorros
 rubio oleaje, crin al viento de un caballo en el galope.
 Marejada en el canoro, la rompiente de la espiga
 pasto noble, sol sonoro, cascabel de las harinas.

III

Greña noble, los caballos de la risa, la rompiente
 galopando las potreras multitudes, ah de dientes
 Ay solares niños juncos, amarilla carcajada
 dentadura de la harina en el relincho, marejada.

ESCENA FAMILIAR II

En el abismo cruel del comedor
 -conmovera escena familiar-
 El almuerzo rencor. El pan: ¡mendrugo
 Sobre la mesa muda de sentar!
(Hermelinda, trae el jugo
Ay trae el jugo Hermelinda. Que está amarga
la sopa). ¡Y qué huevean!
 Recóndita la hermana -oh Dios- alarga
 la mano hacia el salero, lo voltea
 de furia en el mantel! La madre larga
 una mirada atroz.

Y cabecea
 la tarde sobre las verduras. ¡Tarde
 fue a parar la amargura del almuerzo!

Que ya no habrá -¡carajo!- quien nos guarde
 el mendrugo infinito de perverso.
 La hermana -bullanguera de orfanato-
 hace sonar la sopa, con inverso
 clarín ¡del hambre! ¿borbotón? Y al rato
 la torcida moral de la cuchara
 toca el abismo funeral del plato.

¿Y a persignarse, madre? ¡Con qué cara!
Tiembla de furia la febril vajilla
en la cocina infame: ¡ruido agudo
que hace temblar el alma de las sillas!

¿Falta Alguien, mamá, en la mesa? un nudo
infinito de nervios, tembladera.
¿Quién nos falta! -*mi dios*- Y un estornudo
se larga sobre la bandeja, etcétera.

Sobre el plato fulgente, merodea
una mosca acrobática. La hermana
la espanta y por los aires la voltea
con una servilleta franciscana.

¡Mamá por dios! ¿No ves cómo nos zumba?
¿No ves cómo nos zumba, mamacita
esta mosca blasfemia de infinita?

¡Y al fin la mesa se nos vuelve tumba!